

Testimonios de vida en el teatro

TUC

50 AÑOS

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

Capítulo 3



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

Testimonios de vida en el teatro.

TUC 50 años

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

© Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, 2011

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Avenida Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono (51 1) 6262000

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Diseño de cubierta y
diagramación de interiores:

Charo Velásquez

Foto de carátula:

Francisco Adrianzén Merino. *Peligro a 50 metros* (1970)

Todas las fotografías reproducidas en este libro pertenecen al archivo del TUC,
salvo indicación en pie de foto.

Primera edición: octubre de 2011

Tiraje: 800 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2011-08650

Proyecto editorial: 31501361101432

ISBN: 978-9972-42-968-2

Impreso en Cecosami Pre Prensa e Impresión Digital S.A.

Calle Los Plateros 142, Ate.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.



VIOLETA CÁCERES



30-31

Violeta Cáceres es una de las actrices más reconocidas del teatro peruano. Ha sido directora del Teatro de la Universidad Católica en dos oportunidades.

La semilla dio sus frutos

Los inicios: de 1961 a 1968

La universidad es una experiencia inolvidable para todos los jóvenes que salen del colegio, en donde de una etapa con todo programado para el alumno, este se encuentra de repente con otros jóvenes a quienes en su vida cotidiana jamás habría pensado conocer.

A fines de los cincuenta y en la década de los sesenta casi todos los colegios eran de mujeres o de

hombres, no mixtos como lo son ahora, de tal manera que entrar a la universidad era también eso, insertarse en una comunidad de género, contactarse en el estudio, en la amistad, en la investigación, en las discusiones académicas, en los trabajos que se tenían que preparar, con jóvenes del sexo opuesto con los que se aprendía a tratarse como compañeros de esta etapa de la vida, que reitero, es una experiencia inolvidable para aquellos que tienen la suerte de vivirla.

Si a esta experiencia, ya de por sí enriquecedora, se agrega el acercamiento al arte, la integración a un grupo que comparte los mismos intereses, la práctica de aquello que a uno le atrae, el descubrimiento de la creación artística y de la confrontación con el público, entonces la universidad se vuelve el centro en torno al cual gira todo lo que a uno le interesa.

A inicios de los sesenta, el teatro fue lo que unió a un grupo de entusiastas alumnos de la Facultad de Letras (hoy Estudios Generales Letras) de la PUCP y los llevó a poner en escena una obra de Casona, *Nuestra Natacha*. Uno de los estudiantes, Silvio de Ferrari, tomó a su cargo la dirección, y como los personajes eran muchos, se dio cabida a la mayoría de los que querían actuar. Todos ellos son hoy en día brillantes profesionales, como Ana María Teruel, Juan Ossio —ex ministro de Cultura—, Humberto Medrano, Mario Pasco, Fedor Larco, Delia Revoredo, Javier Protzel, Luzmila Zanabria, entre otros. La verdad es que el trabajo se hizo con mucho empeño y pura intuición, pues nadie había estado antes en un escenario; lo que sí había era un gran entusiasmo y mucha seriedad en el intento, y el resultado fue tan bueno que se dieron varias funciones.

Comienzos del 61: llegado el reinicio de clases, se quería continuar en el intento. Para ello, se leyeron obras, se escucharon propuestas, se seleccionaron algunas, pero pronto fuimos lo suficientemente concientes como para darnos cuenta de que alcanzar la calidad a la que aspirábamos solo sería posible si un profesional nos enseñaba cómo hacerlo.

Acudimos entonces al decano de la Facultad de Letras, doctor José Agustín de la Puente, quien supo escuchar la voz de los alumnos. Así fue como llegó a la universidad Ricardo Blume, quien se convertiría en el maestro y guía de estos jóvenes entusiastas, ávidos por conocer más de ese arte que los comenzaba a apasionar.

Al iniciar esta etapa, creo que a nadie se le cruzaba por la cabeza dedicarse a tiempo completo al teatro, pues todos estudiaban alguna carrera en la universidad. Sin embargo, el diario ejercicio de la actividad bajo la conducción de Ricardo era, sin lugar a dudas, tan serio y disciplinado como cualquiera de las mejores escuelas del continente: hora exigentemente exacta que se empezó a conocer como «la hora TUC» para los ensayos y para las funciones, cumplimiento de las tareas asignadas, humildad en el quehacer



Los habladores, de Miguel de Cervantes, dirigida por Ricardo Blume (1962). En la foto, Hernán Romero, Madeleine Zúñiga y Violeta Cáceres. Esta obra perteneció al programa *Un auto, un paso, un entremés*.

VIOLETA CÁCERES



32-33
●●●●●

Alicia Saco y Violeta Cáceres, en la sala de maquillaje del antiguo teatrín del jirón Camaná, preparándose para la función de *La gaviota*, de Antón Chejov, dirigida por Alberto Ísola (1979). Esta obra fue uno de los grandes éxitos de la temporada teatral limeña de ese año.

artístico, respeto por el director y por los compañeros, trabajo en equipo, rigor en la preparación de los roles asignados, ética en cada uno de los actos que se realizaban, dentro y fuera del escenario. Como dijo Jorge Santistevan de Noriega en un discurso ofrecido en homenaje a Blume en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (2003), su escuela fue, además de artística, «una escuela de sentido común y virtudes ciudadanas».

Pasaban los años, estrenábamos obras constantemente; al mismo tiempo, la Escuela iniciada por Ricardo crecía y se incorporaban nuevos profesores de voz, cuerpo, esgrima. La semilla sembrada comenzaba a dar sus frutos: el trabajo era arduo, cada vez con mayor calidad, la experiencia se acrecentaba con cada nuevo montaje y la dirección del maestro enriquecía la labor de los actores. El TUC comenzó a ser visto como un elenco profesional, los medios hablaban del trabajo de su joven director y elenco,

y las bases que construíamos se fortalecían cada vez más. La comunidad formada era muy fuerte, no solo se compartía el trabajo escénico, también se fueron forjando amistades, muchas de las cuales perduran hasta hoy (mis mejores amigos provienen de esta etapa de mi vida), así como una mística por lo que se hacía que solo se puede explicar por la seriedad y dedicación que supo inculcar el maestro Blume a sus alumnos.

Con el paso de los años, los estudiantes terminaron sus carreras, se insertaron en la vida laboral y la mayoría dejó el teatro. Algunos, los menos, dejaron la carrera y se dedicaron al teatro —Hernán Romero fue uno de ellos— y otros permanecieron en el teatro paralelamente con el ejercicio de sus carreras, yo soy parte de este segundo grupo.

Fines del 68: con la renuncia del maestro Blume, nos quedábamos solos...

Caminando solos: de 1969 a 1983

Finales de los sesenta, década de los setenta, el mundo estaba cambiando, acontecimientos mundiales y nacionales marcaban una actitud diferente en la juventud, el teatro no podía sustraerse al movimiento que sacudía al mundo.

Lo que Blume sembró no podía morir. Las raíces eran muy sólidas, los diligentes alumnos se sentían preparados; sin embargo, el guía ya no estaba. El reto fue grande pero se decidió asumirlo, habían pasado ocho años de escuela de arte y de vida, pero todos eran todavía muy jóvenes para asumir ese desafío. Después de muchas deliberaciones, uno de los discípulos más queridos del maestro, Luis Peirano, asumió la dirección artística y otro brillante actor (es una lástima que no haya continuado) e indiscutible líder grupal, Humberto Medrano, se hizo cargo de la dirección administrativa del TUC. Un exquisito artista que a pesar de su juventud ya daba muestras de

su sensibilidad estética, el inolvidable Marco Leclère, tuvo el valor de dirigir los dos primeros montajes, que marcarían el inicio del largo camino de consolidación de todo lo aprendido. *Vietnam*, de Peter Schumann, y *Los dos verdugos*, de Fernando Arrabal, fueron las piezas escogidas. Ese mismo año, Alicia Saco dirigió *El retablillo de don Cristóbal*, de García Lorca. Los trabajos se hicieron con meticulosidad y rigor artístico siguiendo las enseñanzas dejadas por el maestro. El TUC no podía parar y siguió caminando y creciendo.

Se incorporaron después, en esa década, Alberto Ísola, Edgar Saba y Jorge Guerra, quienes vivieron intensamente la experiencia de una escuela y una comunidad de vida ligada por el arte y la pasión por el teatro. Las producciones teatrales no paraban: en esa década se presentaron 27 montajes. Brecht (Jorge Guerra hizo varias obras de este autor), Buenaventura, Peter Weiss y autores latinoamericanos, entre otros, se pusieron en escena, siempre con gran éxito de público y de crítica.



Los dos verdugos, de Fernando Arrabal, dirigida por Marco Leclère (1969). Actuaron en ella Violeta Cáceres, Gustavo Bueno y el prematuramente desaparecido José Luis Postigo.

A fines de los setenta, muchos de los que habían compartido tantas experiencias comunes sintieron la necesidad de volar por sí solos y comenzaron a crear grupos que caminarían con sus propios objetivos. «Quinta Rueda» fue uno de los primeros grupos teatrales independientes, con Alberto Ísola, Ruth Escudero, Enrique Urrutia, Cecilia Natteri y yo; «Ensayo» y «Alondra» fueron otros, todos con la seriedad, la disciplina y el rigor artístico aprendidos en el TUC. Los frutos de la semilla sembrada no podían ser mejores.

La Escuela: de 1983 a 2001

El TUC había continuado su labor ininterrumpidamente durante más de veinte años, los montajes no se habían detenido y la Escuela formada para los jóvenes estudiantes de las diferentes facultades comenzaba a ser profesional. Ya no se requería ser alumno de la universidad para estudiar en ella, se podía ingresar directamente a estudiar teatro profesionalmente. Los que tomaban a su cargo el TUC eran siempre los que habían estudiado allí. Fue María Luisa de Zela la que tuvo la responsabilidad de dirigir la Escuela durante ese largo periodo. Decimos «Escuela», porque así se decidió llamarla, inclusive las siglas que se conocen de esa época son ETUC, Escuela de Teatro de la Universidad Católica, ya que se decidió poner énfasis en la formación antes que en la producción de montajes profesionales. Los montajes que se presentaron, y fueron muchos, eran preferentemente con alumnos de la Escuela.

El campus: de 2001 a 2011

Una vieja casona del jirón Camaná, en el centro de Lima, muy cerca de los principales locales de la universidad como Plaza Francia y Riva Agüero, fue el lugar donde funcionó el TUC, casi desde sus inicios, a poco tiempo de la llegada de Ricardo Blume. Con el transcurso de los años, era cada vez más difícil acceder al centro de Lima; ya se necesitaba un lugar propio y adecuado para la actividad teatral, con los requerimientos que toda escuela profesional necesita. Este era el anhelo y la demanda permanente iniciada por Ricardo; el campus universitario se convertiría así en el lugar natural en donde debía situarse el TUC.

«Queremos señalar que al crear un cuerpo teatral la Universidad Católica cumple con una

obligación. Por ser un centro de estudios superiores, cuenta con elementos —que esa jerarquía le concede— que deben contribuir al desarrollo de un arte que es menester robustecer y depurar por lo que significa como expresión de cultura. De cultura, que es lo que la universidad recoge y difunde [...]» (Manuel Solari Swayne. *El Comercio*, 16 de diciembre de 1961).

Cuarenta años después de fundado el TUC, la universidad decidió trasladarlo al campus universitario, aceptando un proyecto presentado por una comisión que el rectorado nombró para la reestructuración del TUC, comisión que presidió Luis Peirano y que integraron Alberto Ísola, Edgar Saba y Jorge Chiarella.

El TUC llegó así al campus y nuevas autoridades fueron nombradas para su dirección. El entusiasmo era creciente, incluso se colocó la primera piedra de un complejo teatral a construirse en la zona situada detrás del camino inca, dentro de la universidad, pero lo suficientemente alejado de las demás facultades para no molestar ni ser molestado por nadie en las tareas propias y particulares de los estudios teatrales. Se invitó al acto a Ricardo Blume, residente en México desde hacía muchos años y estuvieron presentes representantes de todas las generaciones. El sueño del local propio por fin se haría realidad. El arquitecto Luis Longhi fue autor del anteproyecto arquitectónico, verdadero modelo de lo que debería ser un centro universitario de estudios teatrales.

Han pasado ya diez años desde la colocación de la primera piedra, y allí se quedó, nunca vinieron las demás que darían paso a lo que se necesitaba. Las autoridades universitarias tienen la palabra; también la tienen con respecto a la titulación que se debe otorgar, creando una Facultad de Artes Escénicas que integre el teatro, la danza y la música, proyecto que también fue presentado a las autoridades en esta etapa.

Durante toda la década del 2000, se reestructuraron los planes de estudio y la exigencia académica se volvió más rigurosa, se aumentaron los años de formación de tres a cuatro y los mejores maestros del medio estaban y están en el TUC. Sus egresados ya brillan no solo en el teatro, sino en la televisión y el cine.

Me dieron el honroso encargo de asumir la dirección general de esta nueva etapa del TUC y se

retomaron las producciones teatrales. *Las manos sucias*, de Jean-Paul Sartre, dirigida por Jorge Chiarella, marcó el inicio de esta etapa. A fines de 2007 dejé el TUC de mis amores con la sensación de haber cumplido lo que se me encomendó y la frustración de no haber conseguido lo que nos propusimos: el local y la titulación para los alumnos de la Escuela, razones fundamentales que determinaron mi renuncia al cargo. Me alivió el saber que dejaba en el cargo a uno de los más talentosos hombres de teatro que conozco: Jorge Guerra, compañero indismayable del TUC de los años setenta, maestro de maestros, quien ha tomado la posta en nuestra siempre heroica lucha por hacer realidad nuestros sueños del local propio y la titulación.

Cincuenta años de entrega, de amor, de respeto, de alegrías y penas compartidas, de lucha, de descubrimiento del ser humano, todo esto nos ha

dado el TUC, que representa para todos los que hemos pasado por él, los de antes, los de ahora y, estoy segura, los de siempre, una experiencia inolvidable que ha dejado una huella que nos acompañará toda la vida. Gracias TUC por todo lo que he recibido, por todo lo que nos has dado. Para finalizar, recuerdo las palabras de Salomón Lerner Febres, rector emérito de la PUCP, cuando el TUC cumplió 45 años:

«Cuán fácil y carente de experiencias significativas sería el último siglo de la historia del teatro en nuestro país si ya hace más de 45 años no hubiera nacido y madurado el Teatro de la Universidad Católica, que con elevada calidad y sobre todo con inmenso cariño, acogió y formó a tantas personas valiosas quienes, aún hoy, se hallan comprometidas con este maravilloso arte. Merecido homenaje al TUC que no podía ser de otro modo, sigue aún en la batalla».



Los fusiles de la madre Carrar, de Bertolt Brecht, dirigida por Jorge Guerra. En la foto, Manuel Rodríguez y Violeta Cáceres.